

NOTAS

LA LATINIDAD EN LA FORMACION DE EUROPA

De hecho nada había variado (1): cambiaban sólo estructuras políticas y quizá también sociales, surgiendo nuevos pueblos y adquiriendo una nueva dimensión antiguos privilegios de los dominadores. Pero en sustancia el hombre, con sus ideales religiosos, morales, civiles, seguía siendo el mismo. Y tenía conciencia de ello, tanto más cuanto constataba que nuevas señorías representaban nuevas, pero en realidad iguales, opresiones arbitrarias (Manzoni). Cambiaba el amo, la realidad era la de antes, la de siempre. Sobre todo idéntica a sí misma la sustancia humana, esencia ideal y política suprema. El imperio romano estaba destruido como unidad administrativa. Vittore el Vitense podía lanzar imprecaciones contra la tiránica señoría de los vándalos arios en Africa, lleno de patriotismo romano; como, por otra parte, Salviano de Marsella (estudiado a fondo bajo todos los aspectos hace muchos años por el cardenal Pellegrino) resaltaba la virtud de los bárbaros —él, romano— y señalaba los vicios de los romanos: el portaestandarte de un compromiso histórico, en su tentativa, como la de Orencio, de atraer a los bárbaros a la fe romana, cuando no a su cultura. Pero —insistimos— en la mutación de estructuras políticas y sociales no se advertía la transformación de un mundo, sino sólo una crisis. Sentían que continuaba tal como era, quizá con algunas variaciones, en resumidas cuentas marginales. Así, Claudiano cantaba todavía *cuncti gens una sumus*; así, Rutilio Namaziano se lamentaba y deploraba —él, pagano, heredero en algún modo, diríamos, de Simmaco— el fin de la primacía de Roma en el ámbito del Imperio, casi de la Roma de nombre sagrado de Valerio Sorano, pero no el fin del Imperio romano en sí: el ocaso de una ciudad, no la conclusión de un ciclo histórico:

(1) LUIGI ALFONSI: «Premesse unitarie europee nella letteratura cristiana antica», en *Studi Romani*, 1962, págs. 3-9.

*fecisti patriam diversis gentibus unam
urbem fecisti quod prius orbis erat,*

y en el fondo repetía, nostálgico, cuanto bajo el papel unificador de Roma había dicho ya sin rodeos —dejando a un lado la poesía augusta— Petronio Eumolpo en el *Bellum Civile: Orbem iam totum victor Romanus habebat*. ¿Y Prudencio?

*Hanc frenaturus rabiem Deus undique gentes
inclinare caput docuit sub legibus isdem
Romanosque omnes fieri quos Rhenus et Hister
quos Tagus aurifluus, quos magnus inundat
Corniger Hesperidum quos interlabitur et quos
Ganges alit tepidique lavant septem ostia Nili
Ius fecit commune pares et nomine eodem
nexuit et domitos fraterna in vincla redegit*

(*Contra Sym.* II 583)

¿Y Orosio? Por no hablar de los padres, desde Ambrosio a Agustín. ¿Entonces? Cambiaban los reinos, pero no la fe, la lengua, la idea del Imperio de Roma. Ennodio, mucho más que ácido censor de los vicios de los vencidos, pero también glorificador de las virtudes de los vencedores, lo mismo que Salviano (pero lo abstracto de la posición de este último ha sido puesto de relieve por Paschoud) aspiraba a unificar Oriente y Occidente y, en el vasto sueño «clásico» de Teodorico, romanos y godos: lo mismo que Casiodoro. Mientras Boccio es así símbolo, incluso en su martirio, de la fidelidad a un ideal político-religioso contingente; pero no parece que su adhesión al patrimonio cultural antiguo fuese argumento de condena; por el contrario, como en el lamento inicial de Gregorio de Tours, se temía el fin de la cultura latina: *vae diebus nostris quia periit studium litterarum a nobis*. Roma podía no detentar ya el poder político efectivo, pero tenía el inmenso prestigio del poder espiritual, como depositaria de la verdad y de la civilización (v. Vittore el Vitense): seguía siendo la *civitas sacerdotalis et regia*, garante de la *unitas Ecclesiae*. Tanto que en el Medievo se podía magnificar así la ciudad que extraía de los mártires de la fe, según el canto y la... ideología —diríamos hoy— del Papa Dámaso, la nobleza de su nuevo destino:

*O Roma nobilis, orbis et domina
cunctarum urbium excellentissima*

*roseo martyrurum sanguine rubra
albis et virginum liliis candida
salutem dicimus tibi per omnia
te benedicimus: salve per saecula*

(del himno del siglo X compuesto en Italia
para la fiesta de S. Pedro y S. Pablo)

Con toda propiedad se puede decir que en Europa, después de las invasiones bárbaras, la cultura latina en el sentido más amplio, la latinidad, celebró su máximo triunfo en un impulso revitalizador: el Medievo fue la verdadera edad de la civilización latina no impuesta por las armas, pero aceptada a menudo con devoción, a veces con entusiasmo, como signo de superioridad humana y como viático de bendición divina, casi cercano al Paraíso. Y no sólo en el Medievo, que podríamos llamar iluminado, de Carlomagno, promotor de estudios también latinos, o de los Otones, o de Buenaventura y de Tomás, sino también, al menos en parte, en el de los siglos llamados oscuros. La Europa medieval se forjó precisamente en torno a la Iglesia fiel al latín, realizadora fecunda a través del latín del Mensaje de Jesús en la tierra; y realizadora así de la síntesis más profunda entre la verdad cristiana y lo mejor, lo eterno de la tradición antigua: la de Homero, de Platón, de Aristóteles por medio de los grandes padres griegos, de Cicerón y Virgilio. Si hubo alguna provincia perdida por la «latinidad» no fue en Europa, sino en Africa y en Oriente, incluida en parte la Iliria. Al mismo tiempo, su afirmación en Europa fue íntegra y completa, más bien conquistadora, con la preciosa adquisición de Germania, la nueva provincia romano-cristiana, educada además gramaticalmente por S. Bonifacio, el *grammaticus Germanicus*, y por Carlomagno, que *inchoavit grammaticam patrii sermonis*, con la definitiva recuperación, tras el paréntesis árabe, de Sicilia y España, enriquecida además de eso por los tesoros de la cultura griega a través de los traductores y también de los exégetas árabes; con la penetración en el mundo del extremo Septentrión, en el eslavo y en el húngaro, y con una consolidación de su influencia, muy significativa desde el punto de vista intelectual, generosa desde el educativo para todos, en las Islas Británicas (Colombano).

Pero ¿cómo se realiza este trascendente fenómeno? ¿A quién y a qué es debido? A la Iglesia y al latín, «la lengua de la Iglesia», ... no sólo porque circunstancias misteriosamente providenciales condujeron a Pedro a aquella Roma «donde Cristo es romano» y donde el Evangelio, ya difundido

en el mundo helenístico de la cuenca mediterránea desde mitad del siglo I, encontró el centro propulsor de irradiación y difusión, sino también porque — y continuo citando el lúcido discurso de S. E. monseñor Benelli, sustituto en la Secretaría de Estado, en la presentación de la fundación «Latinitas» de Roma el 27 de noviembre de 1976, de la que es presidente el abate Egger— precisamente por su naturaleza la lengua de Cicerón y de Virgilio, de Agustín y de S. León Magno demostró estar dotada de un carisma de universalidad, de claridad, de expresividad concisa y fuerte, viril y mansa al mismo tiempo. Y la Iglesia se la apropió, sirviéndose de ella como instrumento de unificación y comunicación universal, de fusión de genios diversos de los pueblos creyentes, como hizo de ella expresión de su ánima orante en la liturgia latina. Por lo tanto, «durante muchos siglos la Iglesia salvó, custodió y fomentó la latinidad» y a través de ella toda la cultura clásica. Así, el «latín medieval» sobre la base del latín clásico, sobre todo en la teoría de los gramáticos de la latinidad (Donato, Prisciano, etc.), sobre la base del latín cristiano en sus componentes (bíblica, litúrgica, de los autores, monástica), sobre la base del latín jurídico y de la cancillería apostólica, sobre la base del latín vulgar, es decir, hablado, constituyó no sólo el vehículo de una cultura inmensa (Strecker), profana y religiosa, literaria y científica, sino que, hablándose también al menos en las escuelas, se enriqueció con términos nuevos o renovó los antiguos. Lengua de fe y de cultura, la cultura de la *respublica clericorum*, de los doctos, unificadora y civilizadora; la lengua, aparte de eso, de Santo Tomás y de las obras de Dante y de Petrarca. En este latín se expresaron, plasmados por el cristianismo, valores esenciales en el plano individual y social: reconocimiento de la conciencia individual y su responsabilidad, del libre arbitrio, de los vínculos familiares, de los deberes de justicia y caridad, de la misma comunidad de los pueblos cristianos, superada en la fraternidad cristiana la antítesis de romanos y bárbaros (v. Carducci); además de la realidad de la *respublica christiana*, el Sacro Romano Imperio, principio de justicia universal, garantía de orden, apoyo de la libertad de los creyentes en la tutela de la fe cristiana, mejor católica, amenazada por infieles y heréticos, unidad en la diversidad de pueblos y Estados.

Y en el ámbito cultural no hay manifestación no sólo de arte, sino de poesía y prosa, y de pensamiento, en el homenaje tributado a la superioridad de lo teórico sobre lo práctico sino en su equilibrio (*¡ora et labora!*), porque la ascesis misma es la forma más alta de vida teórica, contemplativa, que se haya cultivado. Alguién puede recordar a este propósito las filípicas de Gregorio Magno o de Pedro Damiano y quizá de un S. Bernardo en

disputa con Abelardo contra el excesivo culto de los *auctores* profanos, latinos precisamente. Pero aparte el hecho de que están encuadradas en su contexto y en su momento, y no puede dárseles un valor absoluto, ¿qué son estas voces aisladas frente a la masa de poetas, escritores, pensadores del Medievo que se han inspirado y reformado según los clásicos latinos? Se puede decir que no hay autor u obra latina, salvo algunas excepciones, que en todo o en parte, de mejor o peor manera, no haya sido utilizado por los hombres del Medievo: e incluso aquellos autores que fueron «descubiertos» por el humanismo, más tarde lo fueron en las bibliotecas de los monasterios donde estaban custodiados en valiosos códices: el Tácito menor de Hersfeld puede servir de ejemplo. Se puede decir que si la literatura latina clásica es universal, ecuménica, como el Imperio, la literatura latina del Medievo es eminentemente europea. No hay raza que no haya participado de ella: desde la España de Isidoro y de Martín a las Galias, a las islas Británicas; después, además de Italia, de Carlomagno en adelante, el área germánica.

Y lo mismo que se puede decir que no hay poeta, latino especialmente, que no reviva entre los medievales —de Terencio, en la disputa anónima del siglo VII con el *delusor* y en Hrosvitha, a Virgilio, hasta en el *Waltahrius*, a Horacio más de lo que se cree, a los mismos elegíacos en los *florilegia*, para no hablar ya de Lucano y Estacio... y, en fin, de Cátulo en los estudios del obispo Raterio de Verona (*die meditor ac nocte Catallum numquam antea lectum!*); y entre los prosistas Cicerón, el moralista Séneca y algún histórico (el Livio de Lamperto de Hersfeld)—, tampoco hay género literario clásico (¡además de la filosofía de un Bacon!) o cristiano, como la hagiografía y la himnología, que no haya sido cultivado. Más aún: algún género literario absolutamente nuevo, como los *carmina* de los *clerici vagantes* o los «autos sacramentales» de Pascua y Navidad, el «Viandante de Eamús», el «drama de Daniel» y el «drama del Anticristo», etc., fueron redactados en latín, naturalmente rico en ecos de la *Vulgata*. Nuevo también el género lascivo de la comedia elegíaca (*Lydia*, etc.) ¿Y el Derecho romano en sus relaciones con el Derecho germánico? Aquellos siglos, en parte, pero no del todo, quizá al principio fueron ciegos. Pero si la cultura literaria de esta nueva Europa cristiana, latino-germánica fundamentalmente, es latina, la cultura filosófico-científica de este mundo, aunque esté latinizada, es greco-árabe.

* * *

Es de recordar que todo Aristóteles y todo Platón, desde Boecio, fueron traducidos al latín en el Medievo, a veces incluso del árabe (¡la escuela de Toledo!), y también textos de medicina. No hay, sin embargo, en el ámbito filosófico, sistema —cual más, como platonismo y aristotelismo, cual menos, como estoicismo y epicureísmo— con el que no hayan estado familiarizados de alguna manera los sabios del Medievo a través de Agustín, Cicerón, el «moralista» Séneca, los últimos neoplatónicos. Pero la esencia de la enseñanza clásica fue plenamente percibida y recibida en esta Europa, tan actual y moderna como lejana, de Hecateo y Herodoto, que fue la Europa del Medievo: abierta al diálogo con todas las culturas y a la vez tan atenta a su defensa y a la de sus valores, capaz, siempre dentro de la tradición cristiana, de asumir lo mejor que hubieran producido los demás para englobarlo en una síntesis propia original y auténtica. *La luz del Medievo* es un reciente artículo de Paratore. El «noble castillo» de Dante en el canto IV del Infierno expresa cumplidamente, en el homenaje rendido al «altísimo poeta» Virgilio, el carácter unitario (en torno al eje, diríamos, latino) de esta cultura latino-greco-árabe, tanto literaria (Homero, poeta soberano, y Livio, y Séneca, y Tulio) como filosófica (la «familia filosófica»: Sócrates, Platón, Aristóteles, etc.) y científica (Dioscórides, Euclides, Tolomeo, Hipócrates, Avicena, Galeno, Averroes). ¿De esta cultura? Mejor dicho, de esta humanidad, por no decir incluso de toda la historia, desde tiempos remotos, vertida precisamente en el Imperio Romano, anterior al Cristianismo (*La quale e il quale, a voler dir lo vero / fu stabilito per lo loco santo / u' siede il successor del maggior Piero*, c. II, 22-24), y al nuevo Sacro Imperio Romano. Por eso, la Europa medieval es una obra maravillosa de la —repetimos— cristiandad latina: *Christenheit oder Europa*, decía Novalis. Y, resumiendo, vamos a comentar esta expresión con las palabras de Leo Spitzer, que coinciden, por lo demás, con otras análogas de Auerbach: «La que se podría denominar semántica europea es el común denominador de cuatro estilos históricos —o expresiones semánticas de formas de civilización (*¡nótese!*)— que en el curso de los siglos se han superpuesto los unos a los otros para construir el edificio de aquella *koiné* semántica que permite que una persona que hable una lengua europea cualquiera pueda dominar semánticamente cualquier otra: estas cuatro formas de civilización son la hebrea, la griega, la romana y la cristiana, las tres primeras de las cuales fueron absorbidas y a la vez conservadas por la última. Lo que mejor expresa este hecho es la frase de Novalis *Christenheit oder Europa* (Cristiandad, o sea, Europa). Y si hoy tenemos que escuchar el bramido «triste, a lo lejos resonante», del mar de la fe en reflujo, los contornos que

quedan al descubierto dibujan todavía el continente cristiano y europeo. Nuestro material léxico conceptual se remonta principalmente al período de formación del Cristianismo, en los primeros siglos de nuestra era, que podemos llamar antigüedad cristiana y que ha absorbido las enseñanzas de la antigüedad pagana y del hebraísmo» (*Critica stilistica e semantica storica*, de A. Schiaffini, Bari, 1966, págs. 223-224). ¿Y después? Después resurge el culto de los clásicos con el Humanismo y el Renacimiento; pero precisamente por ser resurrección fue una segunda vida estética y artística y sobre todo filológica, aunque Spinoza y Leibnitz, y el mismo Kant, emplearan comúnmente el latín, mientras que la latinidad del Medievo había continuado la misma vida que no había conocido muerte. ¿Y ahora? Frente al nacionalismo desencadenado por la Revolución francesa y el romanticismo se mantuvieron garantes de la «Latinitas» (que no es raza, sino espíritu, que no es materia fisiológica, sino luz de ideas) «infinitamente... delicada y... profunda, ... sutil y... tenaz», como escribía Savj-López hace muchos años) la Iglesia y el Viejo Imperio austro-húngaro, cuya función, hasta cierto punto, como centro coagulador de la Mitteleuropa, de continuador de la *οἰκουμένη* romana, de concreta representación del Imperio, fue reconocida también por el gran historiador y estadista rumano N. Iorga: el *Austria felix*, que *erit in orbe ultima* en su misión protectora de Europa y de su gobierno de promoción civil. Y mientras auspiciamos que el Tercer Mundo, al menos el más responsable y avanzado, recoge, como hace Senghor en la esencia de su *négritude*, la herencia latina reducida ahora a ejercicio de filología o patrimonio de cultura, ya no fermento vivo de ideales operativos (pero ¿qué es lo que la ha sustituido?) en la vieja Europa, concluimos con una página un tanto chocante de Franz Werfel, a propósito de los funerales de Francisco José:

«El furgón con el cadáver del César se detuvo ante el claustro de los Capuchinos, que velan en sus sepulcros los restos mortales de los gobernantes de la casa de Habsburgo. La pequeña puertecilla del claustro está cerrada, como si fuere un día cualquiera. El maestro de ceremonias de la Corte avanza y golpea con gesto imperioso la puerta de madera con el bastón de ceremonias. En el interior, lleno de ecos, resuena la voz de un monje:

—¿Quién pide entrada?

El maestro de ceremonias se yergue sobre sí mismo y responde con voz seca y cortante, pronunciando sonoramente cada sílaba del llamado «Gran Título»:

—¡Su Majestad apostólica, imperial y real Francisco José I, emperador de Austria, rey de Hungría, rey de Bohemia, rey de Lombardía y de Venecia, rey de Galitzia, rey de Croacia y Eslavonia, rey de Jerusalén, archiduque de Austria, de Istria, de Salzburgo, de Carintia, duque de Silesia, duque de Bucovina, marqués de Moravia, conde del Tirol, señor de Trieste!

Flamea por última vez, en el nombre de los países contenidos en el «Gran Título», el Imperio en toda su gloria y grandeza. Pero la voz del invisible monje responde:

—No lo conozco.

¡Se golpea una segunda vez! ¡Se oye la misma pregunta! El maestro de ceremonias responde con el llamado «Pequeño Título», que es un modesto resumen del «Grande». Ahora el Imperio queda reducido a los principales países...

—No lo conozco.

¡Se golpea por tercera vez! Por tercera vez resuena la misma pregunta. Esta vez el maestro de ceremonias responde:

—Un pobre pecador.

—Lo conozco.»

Un pobre pecador: ¡el César del Imperio romano! Este es el cristianismo latino: clásico en el apogeo humano, con títulos que recuerdan la tradición imperial romana; cristianismo al mismo tiempo latino-agustiniano, el que en la *confessio peccatorum* y en el sentido de la culpa —que incluso llegaba a ser exasperado en Lutero y en Jansenio—, en la angustia de la muerte, pero con la esperanza en la salvación y de la inmortalidad por la fe en la misericordia divina, en la consciencia de la miseria y grandeza del hombre, ha creado (aun tolerando el pecado y a veces la celebración —¡ay de mí!— de su fascinación y su dulzura) la Europa maestra de valores universales.